

Relatos

Ellas
Historias de mujeres

Ricardo Daza Duarte



Título: Ellas. Historias de mujeres

Primera edición: febrero, 2026

© 2026, del texto Ricardo Daza Duarte.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración de cubierta por Cristina Moreno Reina.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 3755-2025

ISBN: 979-13-87720-70-4

*A mi mujer y a mis hijos, que lo han sacado
casi todo de ella... afortunadamente.*



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
A MI MADRE.....	13
1 MADRES DE LA TIERRA Y DE LA VIDA	15
LAS EDADES DE LA PEPA	17
GENTE COMO UNO	21
UN MERECIDO DESCANSO	23
COMO TODOS LOS AÑOS	25
LA PIEDRA ERUDITA	27
EL CUARTO DE PLANCHADO.....	31
LA CABEZA SOBRE LA ALMOHADA.....	39
EL SABOR DE LOS INGREDIENTES.....	43
LA VENTANILLA	51
EL VIRUS DEL OLVIDO.....	55
2 LA PIEL DESHEREDADA	63
ANELE.....	65
EL PARQUE ACUÁTICO.....	67
LA SONRISA DUPLICADA	69
LAS CARTAS DE NABILA.....	75
CHATO	77
VOCACIÓN	81
3 FRÁGIL FORTALEZA.....	85
REBELDÍA	87
SIN BARRERAS	93
EL VIGILANTE	99
MALEFICIO	103

4 EVIDENTE SUGESTIÓN.....	115
LA DONANTE.....	117
EL BANDERÍN DE CÓRNER	123
LA CALLE TRES.....	125
FRENTE AL PELIGRO DE LAS.....	137
UNA MUJER CORRIENTE	141
JUGO DE CEBOLLA	143
LA MUJER DE ARENA	147
ANA FRENTE AL PATÍBULO	153
LO QUE HAY TRAS EL SILENCIO	155
LA CASA AL ESTE DE TEXAS.....	161
5 DIVERTIDA PARANOIA	165
LAS CENIZAS DE ÁNGELA.....	167
LA INVITACIÓN	171
AMOR ETERNO.....	177
LAS APARIENCIAS NO ENGAÑAN.....	181
CONCLUSIONES PRECIPITADAS	185
VIRTUDES	189
LA REINA DEL BARRIO	195
LA CAPITAL DE DINAMARCA	197
REBELIÓN EN LA GRANJA	203
EL ÚLTIMO CONCIERTO	207
6 INEVITABLE SENSUALIDAD	211
GLORIA	213
ELLA	217
RIGOR MORTIS	219
RAFAEL.....	221
PALABRAS LUJURIOSAS.....	223
TREINTA SEGUNDOS	227
AGRADECIMIENTOS	231

PRÓLOGO

La escritura se lleva adelante con voluntad y se nutre de nuestras grietas, pero el origen, el nacimiento, está en la mirada. Así que un escritor —pongamos que hablo de Ricardo— escribirá antes de saber hablar, antes incluso de poner la primera palabra sobre un papel. Porque, antes de todo, un escritor —y hablo de Ricardo— mira.

Así es como pone atención en una farola torcida del parque donde se ha sentado a tomar algo frío cualquier mañana de agosto, pongamos, e imagina como por mandato divino del que no tiene otra opción, que el resto de farolas, tan altas y rectas, la tratarán con desdén. El escritor, con solo mirar, siente esa soledad de quien, por ser diferente, no encaja, y le gustaría inventar una historia en la que la justicia —esa que solo existe en las ficciones— diera una lección de humildad a la soberbia.

El escritor —y hablo de Ricardo— observará también a la avispa que busca posarse con desesperación sobre los círculos húmedos que su vaso de cerveza fría, ya vacío, ha dejado indolente en la superficie de la mesa, sin saber —sí, sí lo sabe— que acaba de crear un oasis. Oasis que solo verán la avispa, que necesita beber para seguir con vida, y Ricardo, que dejará constancia en algún relato de semejante proeza, tan descomunal como invisible, para seguir adelante con la suya. Pero la mirada de Ricardo, el escritor, es inquieta. Farolas y avispa dejan paso a una mujer vestida de negro, de pies a cabeza, que empuja un carrito de la compra, lleno de

ofertas, bajo el sol ácido y cruel de este mes de agosto, por una acera sin sombra. Ricardo la seguirá hasta el portal de un edificio sin ascensor —es lo que decide como escritor, en un universo que solo a él obedece— que la engulle y la aparta de su campo de visión, pero no —eso jamás— de su mirada, que ahora la acompaña escaleras arriba, hasta el tercero, por escalones de piedra combados por el uso, barandillas desconchadas y pasos blandos de babuchas de goma. Como un escritor es un radiólogo sin título, sabe a ciencia cierta que hay artrosis en sus articulaciones. Y que todo; el carro, el sol cruel y las rodillas, duelen.

Y por eso escribe.

La escritura nace en la mirada y Ricardo mira en todos estos cuentos, a diferentes mujeres. Son ellas, nosotras, las protagonistas indiscutibles. Ancianas o jóvenes a las que nadie mira, o mira para olvidar, pero que, en los ojos de Ricardo, mantienen siempre —es la justicia poética— su dignidad. El escritor mira también aquí a otros hombres que miran a las mujeres que los rodean y se embozan, atrapados en la pegajosa pubertad o tratan de tomar conciencia, ya en su madurez, que por más que se afanen en agrupar un color del cubo de Rubik desbaratan con torpeza el resto de sus caras.

Mujeres protagonistas que serían invisibles si no fuera porque alguien —el escritor, Ricardo— las mira con sensibilidad y ternura, con la emoción sostenida de quien, más que mirar, admira.

Todos estos relatos son aquí miradas escritas, mucho mejor para Ricardo que las miradas habladas. Él prefiere el papel a los auditorios. Estos cuentos son miradas a la vida cotidiana, a los pequeños milagros del día a día, a lo que no es, pero podría haber sido. En ese desnivel en el que Ricardo, el escritor, entra una y otra vez, se ocultan las mejores historias y justo ahí se agacha y mira.

Desde esa apariencia de hombre tranquilo, a lo John

Wayne, la mirada de Ricardo es su escritura: sosegada pero terca, nostálgica y, sin embargo, divertida; incisiva, de manos suaves; ficciones que guardan, todas ellas, una verdad, porque la mirada de Ricardo es, por encima de todas las cosas, honesta.

La suya es una mirada hacia las mujeres de un hombre que sabe mirar. Que sabe mirarnos.

Pasen y lean.

Abran estas páginas y miren.

*María Morales Mora,
Escritora*



A MI MADRE

Aunque de fuerte voy por la vida,
aunque al mundo entero desafíe y venza,
alguna vez
amanece un día nublado y gris
y al desaliento llevo por compañero.

Entonces, pequeña y humilde,
me llego a casa de mi madre
y, sin decir palabra,
me refugio en sus brazos.

Y ella, en silencio también,
acaricia mi pelo,
besa mi frente,
y yo vuelvo a sentirme niña
confiada y feliz.

Y todo lo demás,
queda en olvido.

Rosa Daza Duarte



1

**MADRES
DE LA TIERRA
Y DE LA VIDA**



LAS EDADES DE LA PEPA

A eso de las nueve de la noche de este caluroso día de verano, a la hora acostumbrada, una puerta se abre de par en par. Por allí aparece la Pepa con una mecedora plegable en la mano. Mira a su alrededor, la despliega sobre la acera y se sienta.

Hace rato que el sol comenzó a esconderse y la gente se atreve ya a salir de sus casas. En esta época, la calle todavía pertenece a los paseantes, gente con alma, rostros reconocibles. Apenas pasan coches, si acaso el vendedor de almejas, o el carbonero. Y alguna que otra moto conducida por un hombre que viene de rebuscar papas en Gambogaz. Algunos, algunas, saludan a la Pepa con un gesto cómplice. Ella contesta, utilizando la fórmula adecuada, según el grado de familiaridad: «adiós, niño», «adiós, niña», «vaya usted con Dios»... Algunas, algunos, se paran a charlar.

Enseguida llega la Dolores, la de la casa de enfrente, la que se asomaba de vez en cuando esperando verla aparecer. Carga con su silla de enea en una mano y un cojín en la otra. Más tarde llegará la Carmelita, que por ser la más joven se conforma con sentarse en el escalón.

Nada más llegar, la Dolores ha notado una gran turbación en el rostro de su vecina. La Pepa se revuelve en su asiento sin encontrar acomodo, despega la espalda de la mecedora, vuelve a echarse, se levanta, se sienta, agita su abanico a un ritmo frenético. Necesitaría que todas las vecinas de la calle la ayudaran a abanicarse. La Dolores la mira

comprensiva y le recuerda que ella, por ser unos años mayor, ya ha pasado por eso. Lo mismo que por ser unos años mayor ya pasó por lo otro, antes que ella. «Y lo que te queda, porque a mí todavía no se me ha quitado». Quiere que sean palabras de consuelo, pero suena como una reprimenda.

Lo que le pasa a la Pepa no está provocado por la cánicula, sino por los ardores de su propio cuerpo. Una vez más, y van muchas en los últimos días, siente cómo se le llenan los vasos sanguíneos, cómo arden su cara y su cuello, sus venas actúan como un tiro de chimenea.

La Dolores, a modo de confidencia proclamada a los cuatro vientos, suscita en ella el recuerdo de cuando trabajaban en el almacén de aceitunas: «qué me acuerdo, Pepa, qué me acuerdo de aquellos tiempos...». Y después le refiere aquel día que la Pepa tiene guardado en un espacio preferente de su memoria. Y comparten la historia con Carmelita la joven, que acaba de llegar y que se sonroja, a pesar de que ya es madre de dos hijos. Su posición en la jerarquía de edad le impone la obligación de ser la más pudorosa entre las mujeres, como si sus oídos no estuvieran preparados para esa clase de revelaciones.

La Pepa aún era Pepita cuando entró a trabajar en el almacén de aceitunas, con trece años recién cumplidos. Lo era en su casa, porque había heredado el nombre de su madre, y también lo era en el trabajo, porque dentro de la fábrica la Pepa no era ella, sino la capataza, o Pepa la *saboría*, como la llamaban las trabajadoras, por su carácter adusto y dominante.

A Pepa la *saboría* no se le pasaba nada por alto. Supervisaba con rigor y meticulosidad el trabajo de las mujeres, distribuidas en dos grandes mesas de madera. Las reprendía con severidad al menor síntoma de dejadez y no perdía la ocasión para sermonearlas con advertencias, que parecían amenazas, y con discursos sobre buenas prácticas que parecían sentencias.

Los hombres llegaban con los bocoyes de aceitunas sumergidas en salmuera y ella misma las pasaba a cuarterolas, de donde las mujeres de una mesa las sacaban para seleccionarlas, distribuirlas por peso y desechar las defectuosas, mientras que las de la otra mesa agujereaban las aceitunas con un deshuesador y las llenaban con trocitos de pimientos.

De vez en cuando, reñía también a los hombres por la demora en las entregas u otras faltas, reales o imaginadas. Sus gritos se escuchaban desde fuera del almacén y eran motivo de risas contenidas entre las trabajadoras. En una de esas trifulcas con los hombres, estaba enredada Pepa la *saboría* cuando, al volver la vista hacia una de las mesas, vio que algo raro estaba pasando.

Tras empujar hacia la salida a los dos hombres que se miraban entre sí sorprendidos, cerró la puerta del almacén y se dirigió al grupo más alejado. Aquello no era un simple alboroto, ni uno de esos episodios de jolgorio que tenía que reprimir de forma enérgica. Entre gestos de sorpresa y aspavientos desmedidos las mujeres emitían exclamaciones que lo mismo podían ser llamadas a la tranquilidad que consejos poco acertados.

Fue la Dolores la que intentó explicarle la situación. Ella había sido la primera en observar aquella mancha oscura que se escapaba por la entrepierna, el gesto lívido, la expresión de terror que se desprendía del rostro de la niña nueva. Pero Pepa la *saboría* no precisaba de explicación alguna. «Os tengo dicho que tenéis que venir *preparás*», exclamaba mientras rebuscaba entre las pertenencias de las mujeres y vaciaba el contenido de sus bolsas y cestas. Cuando encontró lo que buscaba, un paño blanco y limpio, apartó a la niña del grupo y se la llevó a un lugar apartado, mientras volvía la cabeza con gesto indignado, «y *ustedede vorverse* ya a la mesa que cualquier cosa les sirve *pa dejá de trabajá*».

Las noches de verano en la puerta de la Pepa estaban para eso, para pasar revista a todo lo que vivieron y han

vivido desde entonces. De Pepa la *saboría* no volvieron a saber nada desde que meses después de aquello volvió a su pueblo natal para cuidar de su madre.

Esta Pepa, la de ahora, confiesa, en un tono confidencial, como de epifanía, que la otra, la de antes, siempre se le ha venido al pensamiento en los primeros dolores de cada periodo. Y que ahora que su cuerpo comienza a secarse y su interior le arde como una carbonera, presiente que pronto, muy pronto, ese recuerdo se acabará perdiendo entre las brumas del tiempo.

GENTE COMO UNO

El sol se oculta tras la última fila de nichos y una sombra se proyecta en su cara. Sabe que jamás volverá a ver la galería desde la situación en la que se encuentra. Apenas le quedan ya fuerzas para mantener los ojos abiertos. Bastante le ha costado convencer a sus siete hijos para que la carguen en una mecedora desde la casa hasta el cementerio.

Pero buena es ella para que la lleven la contraria. Ella, la berraquera de la Guajira, la forense de Riohacha. Genio y figura hasta la sepultura, esa sepultura que ahora mismito tiene a la vista y que, muy pronto, habrá de acogerla.

Su pequeña dificultad no le ha impedido venir, como siempre, a Gente Como Uno, para celebrar el cumpleaños con los suyos. Los suyos son ese grupo de siete que mantiene la música ambiente, reparte la torta y sirve la gaseosa, mirándola de soslayo, con la cara desenchajada, disimulando mal su angustia.

Y también lo son esos cientos de almas perdidas.

Con el rigor de un carcelero, pasa revista y recita mentalmente cada uno de los nombres escritos con tiza sobre los nichos, muchos de ellos inventados para que no les falte esa pequeña lumbré en su memoria, como si fuese su credencial para ser reconocidos en la posteridad.

Detrás, hay otras dos galerías de bóvedas que se le pierden a la vista, pero no quiere obligar a sus hijos a llevarla en andas recorriendo los pasillos. Tampoco le quedan fuerzas para tanto ajeteo. Está segura de que sus «pechiches»

sabrán dispensarle por la descortesía.

Recuerda la primera vez que acompañó a su padre, celador del cementerio central, y su disgusto al ver cómo los enterraban desnudos en la parte de atrás. La tierra les caía a la cara y nadie les lloraba ni les llevaba flores.

Comenzó rescatando cuerpos de la morgue, del cuarto del olvido, buscando bolsas de plástico y ropa para cubrirlos. Después, utilizó la madera decomisada en Corpogujaira para fabricar cajas. Hasta fundar Gente Como Uno, su propio cementerio en terrenos de la municipalidad.

En sus paseos les hablaba. Les comentaba los acontecimientos del día. Les traía el consuelo que hubiesen merecido en vida. A la chica venezolana electrocutada, la seguridad que nunca tuvo. Al guerrillero abatido en el norte de Santander, noticias de los últimos acuerdos de paz. A los niños desnutridos de la etnia wayúu, el manjar inagotable de los pechos de sus madres.

Cuando el sol se oculta tras la cuarta hilera de nichos y aquella sombra se cierne sobre su frente torrefacta, vencida por el agotamiento, accede, por fin, a que la regresen de vuelta a casa. Se despide de todos con un «hasta luego», convencida de que volverá enseguida, para ocupar el hueco de cemento que ella misma se reservó hace tiempo en una ubicación privilegiada. Confía en que el viejo alcalde al que encontraron cosido a navajazos en un tugurio de la Cachaca le tendrá preparado un discurso de bienvenida.

UN MERECIDO DESCANSO

La noche de antes había estado cantando con Andy y Lucas a las puertas de la Catedral de Cádiz. Y ahora se encuentra a miles de kilómetros, a punto de asaltar el cuartel general del enemigo.

Confía en que todo saldrá bien. La suerte le acompaña desde que semanas atrás ganó el rosco de *Pasapalabra*. Y fue ella también quien, ese mismo fin de semana, dio la victoria a su equipo al marcar un gol cuando estaba a punto de cumplirse el tiempo reglamentario. Seguramente no habrá nadie con tanta suerte. Se sonríe al recordar la cara de envidia de Penélope cuando salió a recibir el Goya a la mejor interpretación. O el gesto indignado de Risto Mejide cuando, con su voto en contra, le dieron el «tú sí que vales» en *Got Talent*.

Cuando está a punto de ordenar el asalto al cuartel general oye una voz a su espalda.

—Bueno, Victoriana, aquí encima de la mesa le dejo las pastillas. No olvide tomárselas antes de irse a la cama.

—Acércame el monedero, *miarma* —dice mientras señala a la mesa con su mano temblorosa.

—Acuérdese de que ya me dio antes el dinero para la compra de mañana, Victoriana.

—Tú trae *pa cá*, anda, trae *pa cá* —dice Victoriana mientras agita la mano soliviantada.

—Victoriana, le tengo dicho que a mí me paga la asociación. No tiene que darme nada.

—Pero soy yo la que tiene el gusto, *miarma*, que eres más bueno que el pan.

—Acuérdese de las pastillas, Victoriana. Yo vendré a la misma hora para traerle los recados. No olvide que a las cuatro viene la compañera de la asociación para ayudarla a bañarse.

—Niño, antes de irte ponme el programa, anda, que yo no sé a qué botón hay que darle —le dice mientras le entrega el mando del televisor.

Ayer, cuando la llevó al podólogo, puso a grabar el programa de Juan y Medio. Lo dejó a la mitad y no pudo enterarse de si hubo otra llamada de alguien interesándose por ella. El primero que llamó no le gustó nada. Demasiado aficionado al baile y la juerga. Ella ya no está para tanto ajetreo. Y, mucho menos, necesita otro hombre que la mangonee.

—¡Bastante tuve contigo durante más de cuarenta años! ¿A que sí, Bernardo?

Vuelve la vista y toma de la mesita una fotografía descolorida. Junto a una Victoriana mucho más joven, vestida de mantilla, posa un hombre de gesto sonriente, con traje claro, corbata y clavel en la solapa. Se les ve felices. Después de besar la fotografía la vuelve a poner sobre la mesa. Y se ríe de cada ocurrencia, de cada provocación de Juan y Medio a un público formado por amas de casa y jubilados.

Como si un extraño sopor la invadiera de repente, cierra los ojos. El mando a distancia resbala sobre su regazo.

—Tenemos una nueva llamada para ti —dice Juan y Medio mirando fijamente a la cámara.

COMO TODOS LOS AÑOS

Como todos los años, nada más levantarse, puso a descongelar las gambas que había comprado un mes antes, un treinta por ciento más baratas de lo que estaban ahora, y metió a enfriar una botella de cava.

Como todos los años, lo primero que hizo tras desayunar fue sacar de su caja el pequeño ciprés de plástico, colgar las cuatro bolas que quedaban sin romper y extender el entramado de bombillitas multicolor, que pestañeaban tímidas entre sus ramas.

Colocó los regalos delante del árbol, en el mismo orden que siempre; el de su niño, el más alejado, el siguiente, el de la nuera y los más próximos, los de los dos nietos, los primeros que entonces iban a ser abiertos. Los mismos regalos, con el mismo papel con el que los envolvió aquella vez.

Por la tarde, dejó a medio ver su programa favorito, apagó la televisión, apagó la estufa y se dirigió a la cocina para preparar la cena.

Colocó las gambas, ya descongeladas, en una fuente cuidando bien de la estética. Abrió la nevera, miró dentro y se puso a pensar. Abrió y cerró el cajón de las cacerolas. Dirigió la mirada hacia los fogones.

Salió de nuevo al salón.

Como todos los años, sacó su mantel, el mismo de las viejas cenas de Nochebuena, el de guirnaldas y campanillas rojas y verdes sobre un fondo crema. Sacó los cubiertos de su ajuar y las copas de siempre, las de cristal labrado de

pequeñas flores transparentes. Luego, lo dispuso todo sobre la mesa, siguiendo bien el protocolo familiar. En el centro, la fuente de gambas.

Aún le sobraban dos horas.

Encendió de nuevo el televisor. Encendió la estufa. Se sentó en el sillón. Se quedó dormida.

Cuando despertó miró el reloj de pared. Ya eran casi las nueve.

Dirigió la mirada a la puerta, esperando oír murmullos, escuchar unos pasos que se aproximaran, percibir el alboroto acostumbrado con que los niños anunciaban su visita, las riñas de los padres pidiéndoles calma.

Pero nada se oyó. El pasillo permaneció en silencio y la puerta sin abrir, como sucedía siempre, desde la noche del accidente.

A las nueve y media decidió no esperar más. Se sentó en su lugar en la mesa.

Cogió una gamba, la peló y se la comió.

Llenó la copa de cava. Comió y bebió un poco más.

Luego se levantó, subió el volumen para escuchar mejor el programa de humor.

Se sirvió un vaso de aguardiente y, con él en la mano, se quedó dormida antes de la misa del gallo.

Como todos los años.

LA PIEDRA ERUDITA

Hace tiempo que no viene a visitarme la piedra esa; esa piedra redonda y llena de verrugas. Se presenta aquí cuando más cansada estoy y no me deja dormir. Me cuenta cosas de los tiempos antiguos como si yo no los hubiera vivido. Lo sabe todo de mí y me recuerda a los míos, a los que se me fueron, como si yo no los tuviera presente en cada segundo de mi vida.

No deja de insistir en que me quedan dos telediarios. Podría decirme algo que no sepa, el adefesio ese. Que me quedan dos telediarios lo sé yo mejor que nadie. Pero eso mismo lo creyó mi madre cuando no tenía ni una semana de vida. Sus pechos no daban ni una gota de leche, porque eran como las ubres de la vaca vieja que se les murió de un arañazo de gato, a ella y a mi padre, que también se murió de la tuberculosis, poco antes de venir yo al mundo.

Y lo mismo creí cuando el Movimiento. En medio de La Desbandá tuvimos que salir de casa con lo puesto y tirar-nos a la carretera. Desde el mar, los cañones de los barcos disparaban contra la muchedumbre y los aviones nos ametrallaban desde el aire. Por la noche, pasaban las patrullas buscando supervivientes, y nosotras nos ocultábamos entre los cadáveres hasta que podíamos seguir de nuevo.

También me pareció que había llegado mi hora cuando tuve a mi hijo Julián. Me tocó la matrona más torpe. Menos mal que se presentó el médico a última hora, justo a tiempo de cortar la hemorragia. O después, en los años del hambre,

en los que con una cartilla de racionamiento tuve que repartir entre muchos sin que, las más de las veces, quedase para mí parte alguna.

Y qué decir de cuando a mi primer marido se le fue la mano más de la cuenta la noche en la que llegó de la taberna inflado de aguardiente. No quisiera ni acordarme, ni mucho menos ahora, de ese mal bicho. En cambio, mi Anselmo, el pobrecito, que Dios tenga en su gloria... cada vez que pienso en lo mucho que luchó cuando los médicos dijeron que era demasiado tarde y que ya no me valía ningún tratamiento, *na* más que la morfina cuando no pudiera soportarlo... Pero él no se dio por vencido y movió cielo y tierra hasta que encontró a aquel cirujano de Barcelona que me salvó la vida.

Y ahora, no sé si algo de lo que me está pasando tiene algún sentido. Como lo de ese basilisco de piedra que me ha traído el recuerdo de todo lo que perdí por el camino. Y lo extraño es que ya no siento dolor. Tanto dolor como sentía por las ausencias parece que se lo ha llevado consigo ese extraño mineral.

Pero en lo que tengo que darle la razón es en que se acerca el momento de volver a encontrármelos a todos de nuevo: a mi madre, a mi padre, al que no reconocería, a cuatro de mis cinco hijos, aunque la otra, que vive conmigo en la residencia, no creo que tarde mucho en venir también, a mis amigas, que me dejaron tan sola, a mi querido Anselmo, al que pienso fusilar a besos. Al otro miserable, no creo que me lo encuentre aquí, pero si me lo cruzo pienso decirle cuatro palabras bien dichas.

Ya debo estar llegando, a donde quiera que sea, porque esta niebla blanca se está disolviendo y en su lugar se abre una luminosidad intensa. Se me nubla la vista de tanta claridad. Y es extraño, porque yo pensaba que en este lugar no se necesitaban ni órganos ni sentidos. Me duele la espalda una barbaridad. Tengo el cuello entumecido. Necesito moverlo

para ver lo que tengo a mi alrededor. Sin embargo, ¡me cuesta tanto hacer cualquier movimiento, por pequeño que sea! Me duelen hasta los pensamientos.

¡Qué va! Esto no es como yo esperaba. ¿Qué pinta en el cielo un techo de placas de escayola? ¿Y todas estas máquinas llenas de números y de rayas *florecientes* que suben y bajan? Me cuesta horrores mover la cabeza y, sin embargo, no puedo resistirme. Y ¿a cuento de qué visten aquí los ángeles de astronauta?, con esos babis verde agua que parecen los que les ponían a mis nietos en parvulitos. Como este que está apuntando en una libreta lo que pone en la máquina y que ahora me está mirando, se está dando cuenta de que yo lo miro a él y se está volviendo agitado, gritando y moviendo las manos, avisando a los otros. Y me llegan los pitidos de las máquinas. Parece que estuvieran muy lejos. Noto el revuelo de todos estos y percibo voces que parece que cantaran.

No lo sé, no creo que me ataquen. Los ángeles no atacan a nadie, aunque vayan vestidos de astronautas. Y ahora me tocan las palmas y se ponen a bailar. Y me enseñan las manos como si quisieran que bailara con ellos. *Apañaos* están conmigo, con los casi cien años que voy a cumplir. Bueno, no lo sé, porque aquí no sé si se cuentan los años igual que en la Tierra. A lo mejor aquí soy como si fuera mocita.

En fin, espero que aparezca pronto de nuevo esa piedra tan sabionda y me explique de qué va esto, porque aquí, en este cielo, ¡es todo tan raro!

